

VIENTO

¿Cómo podía ser que, a pocas horas del vuelo al Viejo Continente, analizando con obsesión la emigración por un año y medio, todo estaba a punto de derrumbarse?

Antes de narrar nuestra emigración, veo obligado a explicar el contexto. A principio del siglo XX Argentina era un proyecto atractivo y recibía a miles de españoles, italianos y otros himnos escapando del hambre y de la guerra, mis abuelos entre ellos. Hoy de aquello sólo queda algún que otro capítulo en los manuales de historia: los roles han cambiado. Más de la mitad de los argentinos son pobres y no es una metáfora. ¿Cómo puede ser en un país que tiene más vacas que habitantes? Goza de tierra fértil, litio, petróleo, mar enorme, Borges, cinco premios Nobel y así hoy quizás sólo quedan esos laureles en el fútbol. ¿En qué momento se jodió Argentina?, diría Vargas Llosa. No hay lugar aquí para discutir responsables. Argentina siempre fue la cabeza de Goliat: en el diez por ciento de su extensión territorial residen el cuarenta por ciento de sus habitantes. Y no pensar en la Patagonia, donde habita mi sangre, que caben tres Españas y sólo hayamos un poco más de habitantes que los de Barcelona. La Argentina que conocemos es Buenos Aires: ellos son nuestros embajadores en el mundo, ellos nos proponen qué noticias discutir, ellos deciden al presidente (un buen ejemplo de lo que logra el “voto directo” que piden algunos en España), ellos apuntan los goles que gritamos por televisión. Hay que conducir quince horas en coche para ser atendido con el médico especialista o para estudiar esa carrera que no existe en tu suelo. Dios está en todos lados pero atiende en Buenos Aires, dice el refrán. No juzgo, sólo describo.

Chubut, palabra de origen tehuelche, es una provincia petrolera que, paradójicamente, está fundida. Si en el 2021 sumábamos los últimos cuatro años del ciclo lectivo académico, lográbamos un total de casi de un año de clases. Tragedia educativa. Paros y más paros eran moneda corriente y los estudiantes pasaban de grado por decreto. Ni en algunas guerras sucede. Sanidad estaba también en ese escenario pero, por ser esencial, atendían con servicios mínimos. Había que ir una vez al mes a las siete de la mañana a esperar en la fila de la acera con -5°C cruzando los dedos para conseguir alguna de las diez vacunas para nuestra beba. De todos modos, no nos podíamos quejar: veníamos el año pasado de un confinamiento, con tres meses de encierro total y otros seis paulatinos sólo para los adultos en un piso de 45 metros cuadrados. Mi niño de dos años no conoció lo que era palpar la tierra por nueve meses. A esto se sumó el no cobrar por cuatro meses los sueldos como docentes de la escuela pública, en un país con una inflación mensual superior a la inflación anual de España. Podría haber sido peor: nos habían asegurado que algún día nos irían a pagar esas deudas; los empleados privados y autónomos, en cambio, no tenían ni esas promesas. Los modos de especificar el confinamiento podían ser decretados por el presidente del país, como también el gobernador de la provincia y el intendente del municipio sin el aval del poder legislativo y el poder judicial porque estaban literalmente cerrados. Por un momento los alcaldes fueron emperadores: podían decidir sin rendir cuentas a nadie quién podía acompañarte en tu coche, quién podía conocer o despedir a un ser querido (¿no se podía al menos a través de un cristal?), quién podía cuidar a su familiar enfermo por otra enfermedad, a qué horario te tenías que ir a dormir, qué debías comprar. No había todavía vacunas pero el mundo comenzaba a entender que el encierro total no aplanaba ninguna

curva, sólo postergaba la situación. Pero habían intereses políticos que debíamos tolerar. Si levantabas la voz eras un asesino de abuelos, un antivacuna, porque algunos privilegiados lo vivieron como unas raras y aburridas vacaciones. 92 personas fueron asesinadas por el aparato represivo del Estado por romper el confinamiento buscando llevar un plato de comida a la casa en un país, recordemos, con la mitad de pobres. Sacrificio para después descubrir que el número de muertos por millón nos colocó en los primeros lugares mundiales. Amnesty International se pronunció alguna vez. Meses antes de marcharnos, ya sin confinamiento, algunos prendieron fuego la Casa de Gobierno, el Superior Tribunal de Justicia de Chubut y la Legislatura Provincial. Apenas se informó en los noticieros bonaerenses.

Dos motivos nos indicaron que era el momento. Juanito tenía tres años y Julia apenas unos meses: la temprana edad les facilitaría el desarraigo. Y nosotros estábamos llegando a los 40 años, edad más o menos límite para poder emprender otra vida, contar con un mínimo de aportes jubilatorios y para afirmar dentro de otros 40 años: “vivimos más en España que en Argentina” y sentirnos así un poco ibéricos. Estudiamos, trabajamos, ahorramos y esperamos y en ese esperar nos dimos cuenta de que la vida se nos estaba pasando. Hace algunos años que guardaba “por las dudas” el pasaporte español en un cofre (Argentina te enseña a tener siempre un plan B ante las idas y vueltas políticas y económicas). Tres años me había llevado conseguirlo, después de documentos y más documentos, kilómetros desde aquel remoto pueblo al consulado español en la provincia de Buenos Aires y de tasas en euros que no teníamos. Ahora era el momento de usarlo, como quien acepta ingresar al programa de protección de testigos con nombre y apellido distintos. Los jóvenes se pueden equivocar al

emigrar porque tienen margen para rehacer su vida después de la experiencia. Nosotros no. No era “probar”, era estar convencidos. Y por eso debíamos pensar en los detalles.

España es toda bella, la envidia de Europa: sol, playa, montañas, fiestas, cultura, transporte público (Argentina es por lo menos cinco veces más grande y, salvo zonas cercanas a Buenos Aires ciudad, no hay trenes). Cualquier lugar de nuestra Madre Patria sería el lugar apropiado para vivir. Pero, sabiendo el riesgo de una mala planificación, debíamos analizar cada región para potenciar el éxito de la inmigración. El sur tiene el encanto del Mediterráneo pero la mayoría de los hispanoamericanos van allí esperando que el sol los ayude a sobrellevar el recuerdo de los seres queridos. Nosotros somos el frío y el viento y debíamos transformar esa costumbre en virtud y entonces inspeccionamos al norte de España. Además, nos enteramos de que los índices de desempleo son mayores en el sur que en el norte. ¿Por qué será? Mi bisabuelo materno era de Euzkadi. Mi abuela paterna de Galicia (no quiero olvidar aquí también mi sangre pampa). Todo indicaba que debía cumplir lo que mis antepasados internamente soñaron. Pero siempre habíamos sentido la falta de unión entre peronistas y no peronistas, entre bonaerenses y no bonaerenses y no queríamos repetir la experiencia aquí entre el castellano y las lenguas cooficiales. Buscamos paz. Además, sabemos que el no manejar lenguas cooficiales nos reduce las posibilidades de acceso laboral a ciertos empleos públicos (más allá de lo complejo de las oposiciones) y dificultaría la integración de nuestros hijos en el colegio (¿cómo será para los marroquíes?). En ese primer estudio surgieron pues cuatro nombres: Valladolid, Gijón, Santander y Zaragoza. Y ahí descubrimos la España vaciada: lugares con pocos habitantes pese a lo antiguos y hermosos que son. Zaragoza era la

excepción: aseguran que hoy es la cuarta ciudad más grande de España, los costos de vida no son desorbitantes, está hiper conectada entre Madrid y Barcelona, los índices de empleo son aceptables en comparación con otras regiones. De allá lejos sólo habíamos escuchado de ella por algún que otro jugador de fútbol argentino y por Héroes del Silencio. Buscamos en YouTube y descubrimos una imponente basílica junto al río como quien entiende de la mejor síntesis: el agua dulce como el primer elemento de la vida corporal y la Iglesia, si es sincera, como el primero de la vida espiritual. Descubrimos unos simpáticos cabezudos, temidos y deseados por la chavalada (¿así se dice?) que nos devuelven las calles. De la Patagonia a Aragonia.

Queríamos irnos en lo inmediato pero habían dos impedimentos. Primero: casi cuarenta años no entraban en dos maletas. Segundo: en tiempos de pos-confinamiento debíamos estar vacunados contra la COVID-19. Malvendimos y regalamos vestimentas, mesa y sillas blancas, platos con dibujo de una flor en el borde, lavarropa ecofriendly, televisor con mando que escucha y demás pero lo que desgarró fueron las prendas de los bebés como la manta azul de suave textura para siestas, el vestido de boda de la mujer con la que quiero estar hasta el último aliento y Radiografía de la Pampa de Ezequiel Martínez Estrada y El Último Confín de la Tierra de Lucas Bridges. Este mercado de pulga progresivo debía hacerse a la par de los trámites sin la opción de registro electrónico: certificado histórico del carné de conducir legalizado y apostillado, acta de matrimonio actualizada, legalizada y apostillada, antecedentes penales actualizados legalizados y apostillados, título de secundario legalizados y apostillado, certificado analítico de secundario legalizado y apostillado, escala de calificación numérica de títulos secundarios, título universitario legalizado y

apostillado, certificado analítico universitario legalizado y apostillado, plan de estudios universitarios dividido en años académicos con la carga horario total de cada una de las asignaturas legalizado y apostillado, ¡jese trámite por Dios!, documentos de salud infantil, pasaportes argentinos actualizados, certificados de servicios laborales legalizados y apostillados, certificado histórico de afiliación a la seguridad social legalizado y apostillado, informe de adveración laboral, poder general de administración para conferir representación, declaración de efectivo en la aduana, seguro de salud privada sin copago ni carencias, certificado de baja consular... Si es denso leer, imaginemos gestionar.

Queríamos irnos ya pero las secuelas del virus continuaban. Ante el peligro de una nueva ola pandémica, la Unión Europea había decretado como requisito de ingreso estar vacunados contra el SARS-CoV-2 por ciertos laboratorios privados que no se ofrecían ni por medios públicos ni privados en Argentina: decisiones familiares coartadas por razones geopolíticas, como astronauta de la ex URSS orbitando. Nos acostumbramos a revisar diariamente el BOE. Después de semanas y semanas, ese día llegó: España, a diferencia de otros Comunitarios, permitía el ingreso sanitario directo de los habitantes de Chile, Perú y Argentina. Por fin. Sin embargo, en las profundidades de ex Twitter nos enteramos de que el gobierno argentino, aún con la prohibición de adquisición de dólares o euros para todo argentino que busque proteger sus ahorros de la inflación, había decidido prohibir a partir del día siguiente todas las compras al exterior en cuotas, entre ellos los pasajes intercontinentales, y sólo habilitar las de un solo pago. Ningún argentino clase media podía ya viajar porque los montos incluso de un solo pasaje excedían por demás el saldo total permitido de la tarjeta de débito y crédito. Entramos en pánico: habían creado la ingeniería burocrática para

atraparnos. Dejamos lo que estábamos haciendo y prendimos inmediatamente el ordenador. Bajo presión calculamos fechas y costos y a dos horas de las 00:00 hs. logramos comprar online todos los billetes de avión. A minutos del cambio de día, los billetes de AVE.

Ya cercana la fecha comenzamos el proceso de alejarnos de los seres queridos. Varios nos desearon lo mejor, otros nos confrontaron con eufemismos, otros no comprendieron nuestra decisión pero respetaron, otros nos ayudaron, otros nos ignoraron. Nuestro motor para pelear por lo que queríamos nunca fue el resentimiento ni la venganza. Nos sostuvo y sostiene la esperanza.

Volamos a Buenos Aires con tres días de anticipación a la fecha por miedo a la reprogramación de vuelos por huelgas aeronavales (común en tiempos de vacaciones) y nos hospedamos en un hotel cerca de Ezeiza (el único lugar para hacer vuelos intercontinentales de Argentina). Alojarnos alejados de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires implicaba riesgo porque la inseguridad aumenta, pero queríamos prevenirnos de imprevistos piquetes que nos imposibilitasen el camino al aeropuerto. "Piquete", creación argentina, refiere a un grupo de encapuchados de una organización política partidaria que bloquean la vía pública con neumáticos prendidos fuego con gasolina.

Por otro lado, en Argentina no se pueden efectuar transferencias bancarias internacionales y por eso nuestros ahorros, fundamentales para la emigración, estaban en formato cash (con monto permitido en aduana aeroportuaria) escondidos en nuestra propia habitación por miedo a una "entradera", es decir, delincuentes que ingresan armados a una vivienda aprovechando el momento en que alguien entra o sale de la misma. Casi encerrados tres días en ese hotel con patio de césped para los niños como en granja de una secta.

Allí fue cuando nos enteramos de que, por la aparición de una nueva ola pandémica, España exigía ahora para su ingreso un test con 48 horas de antelación. Inmediatamente cogimos a los dos bebés y nos fuimos a recorrer el barrio periférico: debíamos encontrar un laboratorio abierto habilitado para esos tipos de test. Después de casi dos horas de búsqueda encontramos uno que, sabiendo nuestra desesperación, nos cobró una fortuna. El hisopo atravesó la garganta y ahí sentí un dolor espantoso. Confirmé lo que hacía esfuerzos por ignorar: tenía dolor de garganta. ¿Estaba infectado? ¿Era una reacción esperable de un cuerpo extenuado expuesto al aire acondicionado?

Al día siguiente nos levantamos temprano. El vuelo era a las 15 hs. Debíamos preparar a los niños, ordenar las maletas, hacer el check-in, completar un formulario sanitario y adjuntar los resultados del laboratorio, que los enviarían, nos habían prometido, a primera hora del día siguiente por correo electrónico. Los resultados fueron, por Dios, los deseados: no estábamos contagiados. Nos abrazamos con fuerza. Después de tanto esfuerzo, a horas de viajar, podíamos descansar anímicamente.

¿Esta reducida historia es contable? ¿Representa a alguien? ¿Debería leer a Eduardo Galeano o a Marcelo Gullo Omodeo? Es complejo emigrar porque, primero, no hay representación mental y no se puede, por más que uno piense y piense, saber cuál es el andar correcto para transitar por la acera sin tropezar y, segundo, porque no tiene final. ¿Cómo habrá hecho mi abuela, la única que conocí, en 1941 cuando la trajeron en barco con 14 años? ¿Estaré reacomodando lo que nunca se tendría que haber desacomodado? Aún con la esperanza intacta, a veces uno se pregunta, pocas por suerte, si vale la pena

este esfuerzo. Hoy nuestro premio es observar a nuestros hijos disfrutar del colegio y comprobar que el futuro, con inteligencia, es de ellos.